

CÓMO LLEGUÉ A SABERLO

El milagro de la conversión

Por Julie-Anna Romero

Barrio Campo Marte, Estaca Palmita, Guatemala

“¿Habéis experimentado este potente cambio en vuestros corazones?” (Alma 5:13–14).

La primera vez que fuimos a la capilla con mi familia, yo tenía apenas seis años. Recuerdo que entré a la Primaria; todo era tan nuevo que me incomodaba que la maestra me hiciera preguntas, no por el simple hecho de hacerlas, sino que no tenía las respuestas. Por lo que era más sencillo convencer a nuestros padres que regresáramos pronto a casa.

Así fueron pasando los años, hasta que mi hermano menor tuvo la edad de bautizarse, entonces aprovecharon bautizarnos a los dos, y nuevamente cuando entré a la Primaria, me di cuenta de que aún no eran suficientes mis conocimientos para darle respuestas a muchas preguntas, por lo que decidí no regresar más.

Sin embargo, cuando estaba a punto de cumplir 12 años, sucedió algo. Entraba al nuevo mundo de las Mujeres Jóvenes, todas ellas eran amables, incluso me ayudaban a contestar muchas de las preguntas. Entonces al fin sentí que todo empezaba a encajar, por lo que ya no volvimos a faltar.

Como familia empezamos a fortalecernos; empezamos a orar y a leer las Escrituras. Al conocer más a Jesucristo, mi testimonio empezaba a crecer.

Pasé una época difícil cuando falleció mi abuelito paterno; todos estábamos

tristes, en especial mi abuelita, entonces empecé a orar mucho para que hubiera paz y consuelo. Encontré una Escritura en Moroni 10:34, “Y ahora me despido de todos. Pronto iré a descansar en el paraíso de Dios, hasta que mi espíritu y mi cuerpo de nuevo se reúnan, y sea llevado triunfante por el aire, para encontraros ante el agradable tribunal del gran Jehová, el Juez Eterno de vivos y muertos. Amén”. Sabía que esa era la respuesta, así que fui con mi abuelita y se la compartí, esa pequeña Escritura la consoló, siendo el milagro de la oración, así que a los 13 años supe sin dudas que las oraciones son contestadas.

Mi testimonio fue fortaleciéndose poco a poco. A los 15 años, de regalo de cumpleaños, fuimos como familia a Salt Lake City, Utah. Mi padre, como sorpresa, le escribió al presidente Monson, contándole el motivo de nuestra visita, y él, muy amable, se tomó el tiempo para enviarme una carta deseándome un feliz cumpleaños. En el momento que la vi, pude sentir en mi corazón la veracidad de toda esta obra; si él tenía tiempo para escribirme, de la misma forma nuestro Padre Celestial tiene tiempo para cada uno de nosotros y nos conoce individualmente; él era un profeta llamado por el Señor.

Mi conocimiento fue creciendo; asistí a seminario fielmente, allí aprendí mucho. Ya tenía suficientes



LOURDES GÓMEZ

respuestas para las preguntas que me hacían, por lo que ahora mi mayor anhelo es tener la oportunidad de servir una misión de tiempo completo y compartir este hermoso Evangelio. Sé que aún me falta mucho que aprender, pero Dios me enseñará qué decir; Éxodo 4:12: “Ahora pues, ve, que yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que has de decir”.

Yo sé que la Iglesia es verdadera, que todos los profetas son llamados por Dios, que por medio de ellos el Padre Celestial se comunica con nosotros. Sé que el templo es la casa del Señor, donde podemos hacer convenios y ordenanzas sagradas. Sé que la oración es nuestro medio de comunicación con nuestro Padre, siempre nos escucha y da respuesta a nuestras oraciones a Su tiempo (porque Él tiene el tiempo perfecto para nosotros). En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

“El poder del ayuno”

Por Jhovany Suazo

Estaca Bello Horizonte, Nicaragua

Al meditar sobre el propósito del ayuno y cómo este ha bendecido mi vida, me hace recordar la parábola de la mujer samaritana junto al pozo de agua porque el ayuno no es solamente abstenerse de alimentos y bebidas, es saber que podemos acudir a la fuente de aguas vivas, es sentir la necesidad de orar para comprender la voluntad de Dios y desarrollar mayor fortaleza espiritual, es comprender que podemos pasar por momentos duros en este sendero terrenal y aún así podemos encontrar la paz prometida.

Pude desarrollar un mayor testimonio del ayuno mientras servía como misionero de tiempo completo en República Dominicana. Nuestro presidente de misión nos asignó abrir área en un lugar montañoso que estuvo cerrado por mucho tiempo. En el transcurso de los cinco meses sirviendo en ese lugar tuvimos que ir más allá de las montañas para buscar las almas que esperaban escuchar el Evangelio restaurado. Fue una experiencia de aprendizaje y a la vez de mucha angustia y dolor físico. Mis rodillas empezaron a fallar y en poco tiempo al salir de casa solo podía avanzar un par de metros sin caer al suelo a causa del intenso dolor.

¿Por qué tenía que pasar por esto? ¿Qué podía hacer si estaba al servicio de Dios? Estos pensamientos venían a mi mente mientras reposaba en cama. Pasado un tiempo, mi presidente de misión me informó que los analgésicos ya no podían hacer más que su poca función. Sus palabras fueron: “Élder Suazo, su familia le espera. No

podemos dejar que su cuerpo sufra más”. En ese momento lo único que pasaba por mi mente era: “¡no quiero ir a casa, me falta un año; yo quiero estar acá!” Le dije al presidente que me diera quince días para sanar y si en el transcurso de ese tiempo no mejoraba entonces regresaría a casa. Mi presidente sonriendo dijo: “tenemos casi dos meses luchando para sanar sus rodillas ¿cree que en quince días sanará?” “Claro que sí”, respondí.

No sabía cómo mi sanación sería posible pero sí sabía que el Señor no hace nada a menos que sea para nuestro beneficio. Fue un tiempo en que pude acercarme a mi Salvador al pedir en ayuno y oración como lo hicieron los hijos de Mosiah para ser fortalecidos. Si el Señor les ayudó y contestó sus oraciones ¿por qué no intentarlo? Al poco tiempo fui mejorando y mi presidente, al ver resultados, me dijo que me cambiaría de área e iría a un suelo más plano, él era nuevo y no conocía toda la misión. Para mi sorpresa me envió a una de las más grandes favelas de Santo Domingo con calles muy inclinadas y fue ahí donde pude descubrir el milagro: mis rodillas estaban bien, podía caminar, subir y bajar pendientes sin dolor; es más, pude terminar la misión sin dificultades físicas.

Quizás no siempre ocurran los milagros que esperamos pero cuando nos centramos en el Plan de Salvación podemos sentir paz y gozo. Existe un Plan y es perfecto porque ha sido creado por un Dios perfecto que nos proporciona los medios para poder sobrellevar las dificultades de



ILSEN CANALES

este estado terrenal. Él nos ha dado Su evangelio incluyendo el conocimiento del ayuno, la oración y la fe en nuestro Misericordioso Redentor. Lo que es desesperanza puede llegar a ser esperanza.

Al pasar por esta experiencia, hice mía una frase que escuché: “Si la vida se vuelve demasiado difícil de pie, colócate de rodillas”. Quién diría que arrodillarme y ayunar sanaría mis rodillas dañadas.

Sé que por medio de pequeños actos de fe y esperanza como el ayuno nos acercamos al Salvador. Al pasar por esta prueba pude comprender mejor el significado del agua viva prometida a la mujer samaritana: “el que bebiere del agua que yo le daré no tendrá sed jamás” (Juan 4:14). Sé que Jesucristo vive, que es el agua viva y que Él cuida de nosotros. Sé con certeza que adoramos a un Dios vivo y que nos protege. Llegamos a sentir que nunca estamos solos si trabajamos en Su obra. Sé que por medio del Evangelio tenemos los medios para poder acercarnos a Él y gozar de las bendiciones prometidas.

El artículo y la foto fueron realizados a partir de una entrevista por Ilsen Canales, Páginas Locales, Nicaragua ■

Lo primero que hacía al recibir su salario era apartar la parte del diezmo

Por **Cynthia Rodríguez de Briceño**

Barrio Uyuca, Estaca Uyuca Honduras

Desde muy pequeña tuve la oportunidad de conocer sobre el diezmo. Mientras estaba en la Primaria se me enseñó que debía devolver al Señor una décima parte de aquellos ingresos que recibiera. Pero eso no pasó sino hasta que yo llegué a ser una mujer joven y aprendí a elaborar collares de bisutería. Fue allí que comencé a venderlos y a recibir ingresos con los cuales podría pagar por primera vez mi diezmo.

Al principio no reconocía las bendiciones que recibía por hacer este pequeño acto, y seguí haciéndolo cada vez que recibía ingresos. Más adelante cuando me gradúe de la universidad, obtuve un trabajo muy bien remunerado en una industria de alimentos. Cada vez que la producción mejoraba recibía un aumento. ¡Estaba muy feliz! pues ya podía aportar a los gastos en mi hogar. Un día hablando con mi presidente de estaca me sugirió que dejara ese trabajo y me buscara otro por la naturaleza del

producto. Me pareció acertada su sugerencia, pero ¿ahora que iba a pasar?, me preguntaba. Me encantaba ese trabajo y ya no pagaría diezmos. Sin embargo, no me imaginaba las bendiciones que Dios tenía preparadas para mí.

Inmediatamente después de dejar de trabajar en ese lugar me sellé con mi esposo en el templo y empecé a reconocer las muchas bendiciones que se reciben por ser un fiel pagador del diezmo. Recién casados mi esposo ganaba el veinticinco por ciento de lo que yo ganaba en mi anterior trabajo, pero siempre lo primero que hacía al recibir su salario era apartar la parte del diezmo. Quizás piensen que vivimos momentos angustiantes, pero no fue así, una tras otra las bendiciones iban llegando a nuestro hogar. Nunca olvidaré las palabras que mi obispo me dijo en una ocasión, “prefiero vivir con el noventa por ciento de mi salario y el cien por cientos de las bendiciones de Dios, que con el cien por ciento



CYNTHIA RODRIGUEZ

Cynthia Rodríguez de Briceño y su familia

de mi salario y cero por ciento de las bendiciones de Dios”, porque realmente se cumplía la Escritura de Malaquías 3:10-12, derramando bendiciones hasta que sobreabundan y muchas personas nos llamaron ¡bienaventurados!

Ahora puedo decir con toda seguridad que Dios bendice con cosas que casi nunca son visibles, como la confianza, la fe y esperanza en un mundo convulsionado, que reprende al devorador. Nos bendice con techo sobre nuestras cabezas, vestido sobre nuestros cuerpos, calzado en nuestros pies, y alimento en nuestra casa. No me puedo imaginar vivir la vida sin cumplir con esta ley de pagar los diezmos. Por mí misma no soy capaz de obtener tantas bendiciones y testifico que Dios cumple con Sus promesas. Él es mi sustento, mi Salvador Jesucristo, el Redentor. ■

COMENTARIO

Leer la Liahona fortalece mi testimonio y fe

Por **Alba Rodríguez de Baechli**

Coatepeque, Quetzaltenango

La *Liahona* para mí es algo muy importante. Me ha ayudado mucho a crecer más en mi fe y mi testimonio porque allí he encontrado todos los discursos de las autoridades de la Iglesia. Leer de los profetas, como de nuestro profeta en la actualidad, el presidente Nelson, y todos los demás líderes, da guía a mi vida.

Me gusta leer las noticias locales de Centroamérica; ver el crecimiento de la Iglesia en nuestra área es maravilloso.

Esto me ha fortalecido y ayudado mucho durante mi vida. Invito a todos los miembros de la Iglesia a que tengan una suscripción a la *Liahona* para que la puedan leer. Esta revista es importante; es por esto que tengo un testimonio



FREDY SALAZAR

de la *Liahona* y agradezco a mi Padre Celestial la oportunidad de tenerla. ■

Nota: a la hermana Rodríguez de Baechli se le ve con frecuencia en una silla muy cómoda, leyendo la *Liahona*.

Con la ayuda de Fredy Salazar.

“El bus nos puede dejar, pero el Señor jamás”

Por Ilsen Canales

Managua, Nicaragua

Un grupo de jóvenes amigos nicaragüenses se organizaron para visitar el Templo de Tegucigalpa, Honduras, pero más que un viaje de casi 400 km a través de las fronteras fue un viaje de fe y milagros en el que pudieron ver la mano del Señor. He aquí sus testimonios.

Kathia M. Lopez Rosa:

Debido a que el templo más cercano está en Honduras, mis amigos y yo nos preparamos para hacer el viaje de manera independiente. Debíamos realizar una serie de conexiones en autobús para ir y regresar de Tegucigalpa. Nos organizamos y planificamos muy bien el viaje. El día que teníamos previsto regresar a casa, luego de disfrutar del Templo, uno de nuestros amigos se sentía muy mal de salud. Pese a esto, decidimos entrar al Templo para realizar las últimas ordenanzas antes de partir. Uno de los obreros nos preguntó si podíamos ayudar a un grupo de jóvenes que estaban esperando para realizar bautismos vicarios; a pesar de que ya teníamos fijada una hora de partida, accedimos gustosamente. Lo que pensamos que sería una sesión rápida de bautismos se convirtió en tres horas maravillosas en el bautisterio. Estábamos atrasados con nuestro plan original pero sabíamos que era más importante la obra que estábamos realizando.

En Tegucigalpa tomamos el primer autobús de regreso a la 1:45 pm. Yo sabía que era tarde pero aun así estaba segura de que llegaríamos a

tiempo a todas nuestras conexiones; pero no contábamos con un atraso de 2 horas debido a reparaciones que estaban realizando en la carretera. Cuando llegamos a la ciudad de Choluteca, Honduras, nos dimos cuenta de que ya había partido el último autobús hacia la frontera con Nicaragua. Un par de minutos después una señora nos señaló otro autobús y nos dijo que se dirigía a la frontera. Ahí empezamos a ver la mano del Señor.

Llegamos a la frontera, estaba todo muy oscuro, nuestro amigo seguía enfermo, ya no teníamos comida y no sabíamos si al llegar al lado de Nicaragua encontraríamos transporte. Todos estábamos orando, no sabíamos que pasaría, pero teníamos la confianza de que el Señor estaría a nuestro lado en cada paso. Mientras caminamos en la obscuridad rumbo a la otra frontera le dije a mi amigo Olinto que me sentía un poco preocupada por la hora y por nuestro amigo enfermo, a lo que él respondió, “necesitamos una cama y llegar hasta Managua” eso sonaba perfecto y muy poco probable por lo que me reí y le dije: “me conformo con llegar a Chinandega”. Él contestó: “el bus nos puede dejar, pero el Señor jamás”. Ambos reímos y sentí la firme convicción de que sus palabras eran verdaderas, el Señor estaba con nosotros, por lo que no teníamos que temer.

Al llegar al otro lado de la frontera descubrimos que el transporte, por ser tan tarde, había aumentado muchísimo y no teníamos dinero para

pagar el incremento. Comenzamos a pedir ride (aventón). Luego de 30 minutos un furgón se detuvo, nos dijo que nos podía dejar en Chinandega, la ciudad próxima a la frontera del lado de Nicaragua. En ese momento nos quedamos viendo y nos sentimos agradecidos, sabíamos que era una bendición. La cabina del furgón ¡tenía una cama! Luego de unos minutos de conversación nos dimos cuenta de que el conductor se dirigía a Managua y se ofreció a dejarnos en la capital.

En ese momento supe que era un milagro y recordé la conversación con mi amigo Olinto, “el bus nos puede dejar, pero el Señor jamás”. Era justo lo que necesitábamos, una cama y llegar hasta nuestro hogar. Sabía que ese milagro era producto de las bendiciones que recibimos al trabajar en el templo y en la historia familiar. Tal y como el Señor cuidó a los pioneros en su camino a Sion. Él nos cuidó durante esa noche. No tengo dudas de que el templo es la Casa del Señor, que nuestro Padre Celestial nos cuida, esta es su Iglesia. Las casualidades no existen. Esa noche fuimos testigos de un milagro, el conductor del furgón fue nuestro ángel.

José Rodolfo Cerros:

En la Conferencia General de abril de 2013, el élder Holland enseñó: “*Aférrense al conocimiento que ya tienen y manténganse firmes hasta que reciban más conocimiento*”. Me gusta ese principio porque el fruto de vivir el Evangelio se manifiesta en la vida de los Santos de los Últimos Días en todas partes.

Tal como Pedro y Juan dijeron una vez a una audiencia antigua, “... no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”. Durante el viaje de ida

hacia Tegucigalpa le decía a Kathia que Dios conocía nuestro deseo y lo que estábamos haciendo era por Su obra, que no importaban las cosas que pasáramos durante el viaje, Él nos iba a proteger, que íbamos a pasar entre las personas y que nada ni nadie nos haría daño.

El regreso fue un desafío grande, cada hora y minuto se hacía muy cansado, esperando que pudiéramos llegar a tiempo a la frontera. Jhovany seguía mal de su salud. Sin que fuéramos tan expresivos, cada uno de nosotros deseábamos que estuviese mejor, que llegáramos a un lugar donde pudiese descansar porque, a pesar de su malestar físico, él efectuó muchos bautismos con los jóvenes en el Templo esa mañana.

Quizás durante nuestra travesía no reaccionamos claramente a todo lo que pasó, pero el Señor del furgón fue un ángel, de esos que las Escrituras

describen como seres especiales dispuestos a ayudar en la obra del Padre. Esa experiencia fue un ejemplo para saber que Dios está con cada uno de Sus hijos y que los milagros están a nuestro alrededor.

Tuvimos la oportunidad de compartir nuestro testimonio con el conductor que nos ayudó. Le explicamos lo que creemos y vivimos al ser miembros de la Iglesia, de lo que amamos servir a Dios, ya sea dejando nuestra familia para servir en una misión o viajar hacia la casa del Señor.

No dudo en lo más mínimo que Jesús es el Cristo viviente, es mi Redentor. Mi testimonio se hizo aún más fuerte con esta experiencia. Amo esta obra, sé que somos una herramienta en Sus manos.

Marjorive Duarte:

Una de las mejores experiencias de viajar al Templo, fue el viaje que

hice con mis amigos. Definitivamente fuimos cuidados en el trayecto. Fue una experiencia diferente. Teníamos una meta, llegar al Templo y hacer las ordenanzas por nuestros antepasados. No sé cómo sucedió, pero en poco tiempo logré realizar todas las ordenanzas salvadoras por mis antepasados.

Mientras se realizaban las ordenanzas pude experimentar un sentimiento indescriptible de paz, felicidad y amor por nuestro Salvador. Una de mis preocupaciones era no escuchar las ordenanzas debido a mi deficiencia auditiva, pero a pesar de que sí tuve dificultades para escuchar, el Espíritu inundó mi alma de consuelo y paz, ese fue para mí otro milagro. Fue hermoso además recibir la confirmación de estar en el lugar correcto, con las personas correctas, haciendo las ordenanzas salvadoras por nuestros antepasados.

Jhovany Suazo:

Al analizar lo que pasó este fin de semana de febrero, es gratificante poder saber que a pesar de los desafíos en cuanto a mi salud, pude sentir el amor del Señor y Su mano en cada momento de esta grata experiencia. Mi testimonio se fortaleció al ver cómo el Señor contestaba de inmediato nuestras súplicas en cada momento que lo necesitábamos, ya fuera en su Santa Casa o en una piedra en una frontera.

Recuerdo que el sábado me sentía agotado por todo el dolor físico y no quería sentirme así ya que estaba en el templo. Pero a pesar de que fue el día en que estuve más enfermo, pude trabajar en el bautisterio. Vi reflejada en mi vida la promesa que se encuentra en el Libro de Mormón



Jhovany Suazo, Jennyfer Medina, Olinto García, Kathia M. Lopez Rosa, José Rodolfo Cerros y Marjorive Duarte.

de cuando el pueblo de Alma, a pesar de su conversión y obediencia, fueron dirigidos bajo el yugo de los laminitas; sin embargo, el Señor hacía que las cargas que se les imponían fueran ligeras para ellos. No tuve dolor ni ningún malestar en el momento en que trabajaba en cada ordenanza. Ese fue un milagro.

Sé que Jesucristo vive, sé que adoramos a un Dios vivo y que escucha a Sus hijos que están dispuestos a ser mejores en este estado de probación y ayudar a acelerar su obra. Agradezco la restauración del Evangelio, gracias a ello tenemos a disposición las llaves necesarias para hacer las ordenanzas para volver a la presencia de nuestro amoroso Padre Celestial.

Jennyfer Medina:

En el mes de diciembre, mientras trabajaba en mi historia familiar, encontré dos oportunidades para hacer obras vicarias y lo primero que pensé es que debía ir al templo lo más pronto posible. He aprendido por diversas experiencias que cuando el Padre Celestial desea que realicemos determinada labor, Él nos ayuda y en Su obra no existen las casualidades, sino los medios necesarios para que hagamos Su voluntad.

En el templo sentí mucha calidez en mi corazón cuando se efectuaron las ordenanzas por mis antepasados, incluso sentí mucho amor por esas personas a las que jamás conocí en vida, pero ahora estamos unidas por las eternidades y tenemos un lazo especial que me acompañará siempre.

Se reafirmó mi testimonio de la importancia de la obra de Historia Familiar; inclusive sentí de manera especial la veracidad en las promesas de “volver el corazón de los padres

hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres” (Malaquías 4:6), pues siento que el Salvador hizo posible que yo volviera mi corazón hacia mis antepasados, mi familia, la historia de quién soy yo y de dónde provengo. Mi testimonio del Salvador fue igualmente fortalecido. Sé que Él se sacrificó por cada uno de nosotros, que nos ama y desea que regresemos a Su presencia, sé que el fijar nuestra mira hacia el templo nos trae gozo, felicidad y paz.

Después de lo que parecía ser un viaje extremadamente largo, ya en la frontera, Jehovany necesitaba detenerse para descansar debido al dolor que le causaba caminar. Mientras le acompañaba, caminando a su lado sentía paz, sentí que todo saldría bien, incluso no me preocupó la idea de no encontrar transporte y que posiblemente tendríamos que dormir en la frontera, o enfrentarnos a algún peligro, pues sabía que estábamos protegidos por las amorosas manos de nuestro Padre Celestial y que todo estaría bien, además me acompañaban amigos dignos, mercedores de grandes bendiciones, sabía que nuestro Padre Celestial nos ama a todos e iba a cuidarnos. Así fue.

Una vez en el furgón nos dimos cuenta de que todo el viaje no sólo fue una experiencia emocionante, sino también de índole espiritual. Le contamos al amable conductor sobre nuestra travesía, nuestro viaje al templo y sobre nuestras creencias, compartimos testimonios del Evangelio y la Iglesia. Finalmente llegamos a casa bien y lo mejor es que mi testimonio fue fortalecido. Sé que cuando tenemos que hacer algo importante debemos ser como Nefi y decir “iré y haré”, todo saldrá bien y veremos milagros en nuestra vida.

Olinto García:

El viaje al templo con mis amigos fue una buena experiencia. Desde el inicio pude sentir el Espíritu. Todos teníamos ese sentimiento de amor por el templo y las ordenanzas salvadoras a nuestros antepasados. Sentimos su amor y la paz que solo la Casa del Señor puede brindar. La verdad es que no puedo describir el sentimiento de estar con mis amigos en el templo, realmente fue una felicidad muy grande.

En medio de todas las complicaciones de nuestro viaje de regreso, yo sentía que estaríamos bien. Por alguna razón todos estábamos tranquilos y contentos porque sabíamos que el Señor no nos dejaría solos. Además sabía que, aunque el bus nos dejara por no llegar a tiempo, el Señor jamás nos abandonaría.

Una vez que subimos al furgón vi que tenía una ¡cama! tal como yo había pedido en mi corazón para que nuestro amigo pudiera descansar. El Señor sabe cada detalle de nuestras vidas y nos da lo que necesitamos. En ese viaje vimos la mano del Señor bendiciéndonos. Llegamos bien a nuestros hogares y con nuestra fe muy fortalecida.

Doy gracias al Padre por conocer Su evangelio y por mis amigos. Sé y testifico que el Señor bendice a Sus hijos y contesta sus oraciones. Nuestro Padre Celestial cuida y protege a Sus hijos cuando trabajan en Su obra. Sé que el templo es un lugar sagrado. Sé que el Evangelio de Jesucristo fue restaurado en su plenitud y que hay un profeta, vidente y revelador, y sé que los milagros existen; yo los vi en este viaje. Ruego que todos puedan tener experiencia significativas en sus vidas. ■

Decidí obedecer a Dios y seguir lo que el Espíritu me testificó

Por Ester Sierra

Rama Mackay, Estaca San Pedro Sula, Honduras

Nunca entenderé a la perfección los planes de mi Padre Celestial, pero sí puedo sentir su amor y misericordia infinita. Él preparó el camino de mi conversión, Él usó personas como instrumento para que yo pudiera llegar a donde estoy.

Hace dos años y medio me encontraba en una encrucijada, quería que mi vida cambiara pero no sabía cómo. El instrumento más importante que Él usó fue mi amado esposo. Previamente, a pesar de que nuestros caminos se habían cruzado en la secundaria, nunca habíamos hablado de Dios y mucho menos de la Iglesia. Fueron casi diez años después que lo encontré en la universidad y él decidió saludarme. Empezamos con una excelente amistad, sin hablar nada de religión.

Durante ese tiempo iba camino a casa y me encontré a dos hombres vestidos de camisa blanca y corbata, sentados en el parque. Algo dentro de mí dijo, “tienes que ir a hablarles y preguntar qué hacen ahí”. Mi personalidad no me permitió dejar de seguir la voz y lo hice. Fui y hablé con ellos y les pregunté qué hacían y por qué estaban vestidos de esa manera.

Fue esa pequeña influencia del Espíritu que me llevó a conocer la verdad del evangelio de Jesucristo. A los días siguientes le comenté a Víctor un poco de la experiencia que había tenido, y él no lo podía creer, él mismo me dio un Libro de Mormón y, junto con los misioneros, empezaron a enseñarme, cada lección era especial,



ESTER SIERRA

reforzaba lo que mis padres ya me habían enseñado y me daba claridad de otras cosas que desconocía. Yo siempre leía la Biblia y el Libro de Mormón de acuerdo a la lección, me preparaba con mis preguntas porque tenía ese deseo ferviente de saber qué era todo eso que me enseñaban los misioneros.

Recibí las lecciones durante casi tres meses. Oraba cada noche, sabía que tenía una respuesta del Padre de la veracidad del Libro de Mormón, pero era difícil para mí poder expresar esos sentimientos a mi familia, ya que ellos son evangélicos, y me habían criado con ciertos principios. Pero decidí obedecer a Dios, seguir lo que el Espíritu me testificó una noche donde oré y sentí paz y alegría. Yo sabía que no había nada que pudiera cambiar mis sentimientos.

Cuando les dije a mis padres que asistiría a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, fue difícil para ellos. En ese momento comenzaron las pruebas, una etapa difícil ya que ellos no entendían el porqué, pero mi Padre Celestial estuvo con nosotros en todo ese camino, bendijo mi obediencia y me dio valentía. Soy la mayor de cuatro hermanas, y no podía compartir ningún sentimiento, video o lectura de la Iglesia en mi casa. Comprendía a mis padres porque ellos creían que les estaba traicionando. Pero puedo decir que el perseverar, el estudio de las Escrituras y la oración diaria, me fortaleció. El Padre puede hacer lo mismo por todos, para poder sobrellevar cualquier prueba.

Fue en diciembre del 2015 que me bauticé, después de haber recibido las lecciones y haber asistido a la capilla. La familia de Víctor y los hermanos de ese barrio fueron especiales al preparar todo para el bautismo.

En junio 16 de 2017 nos casamos en una ceremonia civil familiar, donde nuestros amorosos padres y familia prepararon todo. Al día siguiente partimos todos al Templo de Tegucigalpa donde fuimos sellados por mi suegro, quien es sellador del Templo. El habernos preparado para realizar este convenio tan sagrado fortaleció mi vida y mi testimonio, sé sin duda que esta es la Iglesia de Jesucristo, y que las familias pueden ser eternas.

Seguimos perseverando y creciendo en esta hermosa obra de nuestro Padre Celestial, y testifico de su amor y de Su evangelio restaurado, e invito a todos aquellos que aún no han tomado la decisión de preguntar al Padre, que lo hagan y tendrán una respuesta y paz y felicidad reinará en sus vidas. ■

¿Qué está haciendo por su salvación?

Por Fredy Salazar

Recién pasadas las festividades de fin de año de 2017, los misioneros del Barrio El Centro en Quetzaltenango, Guatemala, decidieron visitar una de las áreas del barrio llamada Almolonga, lugar pintoresco y con mucha siembra de verduras, el cual no habían visitado últimamente.

Al estar en el bus y cuando ya les estaban cobrando el pasaje, aún orando en sus corazones a Dios si era el lugar al que quería que fueran, y esperando una confirmación de Él, tuvieron el sentimiento que ese día tendrían que quedarse a mitad de camino e ir a una montaña, lugar donde se localiza un condominio. Esta era la respuesta a los dos misioneros. Antes no habían visitado ese lugar ni una sola vez, pero preguntando a las personas del sector, llegaron.

Hablaron con algunas personas, pero el Padre les tenía preparada una familia especial ese día. Fue así como hablaron con Sofía, quien se encontraba con su pequeño hijo. Los invitó a pasar a pesar de estar ocupada; los misioneros le dijeron que ellos eran buenos para trapear y otros oficios, ofreciéndose para ayudarlo. Ellos le dijeron que solo querían ofrecer una oración en su hogar. Luego de realizarla, llegó José, su esposo, con quien concretaron una cita para enseñarles el Evangelio, y él aceptó con gusto.

José les contó que en los días anteriores habían pensado en divorciarse, pues las cosas no marchaban bien en la relación. Sofía indicó que hablaron de quedar como buenos amigos por el bien del niño de ambos. Sin embargo, ella quería rescatar su matrimonio. Su deseo era despertar la fe en Dios en él.

Él no asistía a ninguna iglesia, a pesar de que acompañaba a su esposa a sus servicios religiosos. Al solo comenzar el servicio, él se salía.

El 31 de diciembre fue el día que escogió el hermano José para contarle a sus padres que habían decidido divorciarse. No obstante en ningún momento podía decirles, pues siempre había interrupciones de una u otra índole, y fue así que regresaron a casa de nuevo sin poder contar el plan.

Una noche José le dijo a su esposa que él sentía que Dios lo había abandonado, que había perdido su fe. A pesar de que sabía que Dios existía, creía en Él y que lo había cuidado durante muchos años, no sabía qué estaba haciendo en esta vida ni hacia donde iría. Sofía le respondió que lo que pasaba era que él tenía poca fe, que debería aumentar su fe y vería todo lo que sucedería en su vida.

José comentó, “luego tuvimos la oportunidad de conocer a los misioneros y esta doctrina y camino que Dios tiene para nosotros. Empecé a orar como ellos nos enseñaron, con mucha fe y mucha fuerza. Comencé a sentir una gran paz, y un gran cambio dentro de mí. Luego de una gran desesperación que sentía anteriormente, que no me dejaba estar contento ni con mi esposa ni con mi hijo, ya que llegaba a casa siempre de mal humor. Eran tiempos difíciles.



“Llegué a sentir paz en mí. Ya hablaba con mi esposa, pasaba más tiempo con mi niño. Ahora quería llegar más temprano a casa luego del trabajo, ya no discutíamos.

“Las palabras que me marcaron fueron las que me dijeron los misioneros: ‘¿qué está haciendo por su salvación?, porque es usted quien tiene que ver su salvación y no otra persona. Está en usted ser salvo’. Este fue el momento de decirle a mi esposa que me bautizaría junto con ella”.

“Sé que llegó el tiempo y Dios tiene algo grande para nosotros, no tenía esa fe que ahora tengo”.

Los misioneros relatan: “el Evangelio comenzó a llenar sus vidas. El conocer el propósito de las familias y su potencial eterno, los motivó a hacer los cambios necesarios para bautizarse y guardar los mandamientos”.

Los misioneros que participaron de la enseñanza fueron los élderes Topete, Young, Heredia, Hall y Funk.

Hay ocasiones en que las personas están solo esperando que se les enseñe este Evangelio, ellas están preparadas, y este es un claro ejemplo de lo que dice en la Escritura: “porque todavía hay muchos en la tierra, entre todas las sectas, partidos y denominaciones que... no llegan a la verdad solo porque no saben dónde hallarla” (DyC 123:12). ■



FREDY SALAZAR